

me han compuesto algunos artistas amigos, y aun he bosquejado yo misma algunos dibujos: vereis en ella los defectos y las perfecciones de los asuntos de pintura que os agradan: esta galería está en mi casa de Tívoli; el tiempo es bastante á propósito para verla; ¿quereis que vayamos mañana? Y mientras esperaba que Osvaldo consintiese, él le dijo:—Amiga mia, ¿podeis dudar de mi contestacion? ¿Tengo yo en este mundo otra idea, otra felicidad mas que vos? ¿Y mi vida, quizá ya harto libre de toda ocupacion, y de todo interes, no está llena únicamente de la felicidad de veros y oiros?

---

#### CAPITULO IV

Partieron pues al otro dia para Tívoli, Osvaldo mismo gobernaba los cuatro caballos que los llevaban, y se complacia en la velocidad de su carrera; velocidad que aumenta, al parecer, la viveza del sentimiento de la existencia; y esta impresion es dulce á par del objeto de nuestro amor. Guiaba el carruaje con sumo cuidado, temeroso de que ocurriese á Corina el mas leve contratiempo: usaba con ella de aquella vigilancia protectora que es el vínculo mas suave del hombre con la mujer: y aunque Corina no se asus-

taba fácilmente, como las mas de las mujeres, de los riesgos de un camino, la agradaba tanto advertir el esmero de Osvaldo, que casi deseaba tener miedo, porque él la tranquilizase.

Lo que daba, como se verá luego, tanto ascendiente á lord Nelvil en el corazón de su amiga, eran los contrastes imprevistos que revestian toda su persona de un atractivo particular. Nadie habia que no admirase su talento y la gracia de su figura; pero debia interesar especialmente á quien reuniendo en sí por singular concierto la constancia y la movilidad, gustaba de las impresiones á un mismo tiempo fieles y variadas. Jamas pensaba sino en Corina, y este mismo pensamiento tomaba continuamente caracteres diversos; ya dominaba en él la modestia, ya el abandono; ora una perfecta dulzura, y ora una opaca amargura, que probaba la profundidad de los sentimientos, mezclando la inquietud con la confianza, y excitando á cada instante una conmocion nueva. Osvaldo, interiormente agitado, procuraba contenerse en lo exterior, y su amada siempre pensando en adivinar sus sentimientos, hallaba en aquel misterio un perpetuo interes: parecia que los mismos defectos de Osvaldo hacian sobresalir sus gracias; y un hombre, por mucho mérito que hubiese tenido, como no hubiese manifestado contradicciones ni combates, no habria cautivado de aquella manera la imaginacion de Corina. Tenia una es-



pecie de temor á Osvaldo, que la sujetaba á él; reinaba en su alma por un buen y por un mal poder, por sus prendas, y por la inquietud que podian causar aquellas prendas mal combinadas: en fin la felicidad que daba Osvaldo no presentaba seguridad alguna; y acaso este mismo defecto era el motivo verdadero de la vehemente pasion de Corina; acaso solo al que temiese perder, podria amar con tanto extremo; porque un talento superior, y una sensibilidad tan fogosa como delicada, podia cansarse de todo, excepto del hombre verdaderamente extraordinario, cuya alma constantemente conmovida parecia como el mismo cielo, tan presto sereno como cubierto de nubes. Osvaldo siempre sincero, siempre profundo y apasionado, se veia no obstante muchas veces próximo á renunciar al objeto de su cariño, porque una larga costumbre de padecer le persuadia que en los sentimientos demasiado vehementes no podia encontrarse mas que remordimientos y dolor.

Lord Nelvil y Corina, en su paseo á Tivoli, pasaron por delante de las ruinas del palacio de Adriano y del inmenso jardín que le rodeaba. Habia reunido en aquel jardín las producciones mas raras, las obras mas admirables de los países conquistados por los Romanos: y aun hoy se ven allí esparcidas algunas piedras que se llaman *Egipto*, *India* y *Asia*. Mas distante estaba el retiro donde terminó su vida Zenobia, reina de Palmira: no

conservó la grandeza de su destino en la adversidad; ni supo morir, como hombre, por la gloria, ni como mujer por no vender á su amigo.

Por fin descubrieron á Tivoli, morada otro tiempo de tantos varones famosos, de Bruto, de Augusto, de Mecénas, de Catulo; pero en especial morada de Horacio, porque sus versos ilustraron aquella mansion. La casa de Corina estaba encima de la cascada ruidosa del Teveron; y en lo alto del monte, enfrente de su jardín, se veia el templo de la Sibila. Hermosa idea fué en los antiguos poner los templos en sitios elevados; así dominaban los campos, al modo que las ideas religiosas á cualquier otro pensamiento; inspiraban mas entusiasmo de la naturaleza, anunciando la divinidad que la crió, y la gratitud eterna de las generaciones sucesivas, al paso que de cualquiera parte que se considerase la campiña, formaba un cuadro con el templo que estaba allí como el centro, ó el adorno de todo. Las ruinas dan en Italia singular atractivo al campo; no recuerdan, como los edificios modernos, el trabajo y la presencia del hombre; confúndense con los árboles y con la naturaleza, y parece que hacen armonía con el torrente solitario, imágen del tiempo que las ha vuelto lo que son. Las regiones mas hermosas del mundo, cuando no excitan ninguna memoria, cuando no tienen el sello de ningun acontecimiento notable, carecen de interes, en comparacion de los países históricos. ¿Qué sitio podia ser mas á propósito para



habitacion de Corina en Italia, que la estancia consagrada á la Sibila, á la memoria de una mujer animada de una inspiracion divina? La casa de Corina era deliciosa; estaba adornada con la elegancia del gusto moderno, y sin embargo se advertia en ella el encanto de una imaginacion que se complace en las bellezas antiguas: notábase allí una inteligencia rara de felicidad en el sentido mas elevado de esta voz; es decir, haciéndola consistir en todo lo que ennoblece el alma, excita las ideas, y vivifica el talento.

Paseándose con Corina, reparó Osvaldo que el soplo del viento tenia un sonido armonioso, y deramaba por el aire acentos, que al parecer nacian del mecer de las flores, de la agitacion de los árboles, y daban voz á la naturaleza. Corina le dijo que eran arpas eólicas movidas del viento, á cuyo impulso resonaban, las cuales habia puesto en algunas grutas del jardin para llenar la atmósfera de sonidos como de esencias. El sentimiento mas puro inspiraba á Osvaldo en aquella preciosa morada. — Escuchad, dijo á Corina, hasta ahora sentia remordimientos, siendo venturoso á vuestro lado; pero ya me persuado que mi padre os ha enviado á mí, para que no padezca mas en la tierra: á él habia yo agraviado, y él con sus plegarias me ha conseguido el perdon del cielo. Corina, exclamó arrojándose á sus piés, ya estoy perdonado, conózco en este sosiego inocente y dulcísimo que reina en mi

alma. Puedes sin temor unirte á mi suerte, ya no tendrá nada de fatal... — Pues bien, dijo Corina, gocemos todavía algun tiempo de esta paz de corazon que se nos concede; no toquemos al destino; ¡es tan temible cuando se le fuerza, cuando se pretende lograr mas de lo que da! ¡Amigo mio, dejémoslo así, una vez que somos felices!

Sintió lord Nelvil esta respuesta de Corina. Juzgaba que debia conocer su disposicion á decirle, á ofrecerle todo, si en aquel instante le confiaba su historia; y aquel modo de eludirlo todavía le ofendió causándole pesar, sin dejarle advertir el sentimiento delicado que estorbaba á Corina aprovecharse de su conmocion para ligarle con un juramento. Además, que quizá es propio de un amor profundo y sincero temer un momento solemne por mas deseado que sea, y no trocar sin miedo la esperanza por la felicidad misma. Osvaldo, muy distante de juzgarlo así, se persuadió que Corina, aun amándole, deseaba conservar su independencia, y evitaba con cuidado cuanto podia preparar una union indisoluble. Este pensamiento le hizo experimentar una irritacion dolorosa; y tomando al punto un aire frio y contenido, siguió á Corina á su galería de pinturas sin pronunciar siquiera una palabra. Presto advirtió ella la impresion que le habia causado; pero conociendo su altivez, no se atrevió á decirle lo que habia notado; empero enseñándole sus pinturas, y hablándole de ideas gene-



rales, tenia una esperanza vaga de templarle, que daba á su voz un atractivo mas tierno, si bien pronunciaba palabras indiferentes.

Componiase su galería de cuadros históricos y de asuntos poéticos y religiosos y países; no habia ninguno de muchas figuras, porque este género al paso que presenta grandes dificultades, da ménos placer: sus bellezas son demasiado confusas, ó demasiado circunstanciadas; y el interes único, este principio de vida en las artes, como en todo, se halla forzosamente dividido. El primero de los cuadros históricos representaba á Bruto en una meditacion profunda, sentado al pié de la estatua de Roma: los esclavos que se ven en el fondo llevaban á sus dos hijos sin vida, condenados por él mismo á muerte, y al otro lado del cuadro, se entregan á la desesperacion su madre y sus hermanas; las mujeres por fortuna están dispensadas del valor que hace sacrificar los afectos del corazon. La estatua de Roma, colocada junto á Bruto es una idea bellísima, y lo dice todo. Sin embargo, ¿cómo podria saberse, sin mas explicacion, que aquel es Bruto el Antiguo acabando de enviar al suplicio á sus hijos? y no obstante, es imposible caracterizar el suceso mas que lo está en el cuadro, puesto que á lo léjos se descubre Roma sencilla todavia, sin edificios, y sin adornos, bien grande, empero, como patria, cuando inspira semejante sacrificio. — Sin duda, dijo Corina á lord Nelvil, al oirme nombrar

á Bruto, toda vuestra alma se fijó en este cuadro; pero tal vez le habrian visto sin adivinar el asunto, y esta incertidumbre que casi siempre hay en los cuadros históricos ¿no mezcla el tormento de un enigma á las delicias de las bellas artes que deben ser tan fáciles y tan claras?

He escogido este asunto, porque recuerda la accion mas tremenda que jamas inspiró el amor de la patria. La continuacion de este cuadro es Mario libertado por el Cimbrio, que no puede resolverse á dar muerte á aquel grande hombre; la figura de Mario infunde respeto, y el traje del Cimbrio y la expresion de su semblante, son sumamente pintorescos. Esta es la segunda época de Roma, cuando ya no existian leyes; pero todavia ejercia el genio un gran imperio sobre las circunstancias. Sigue luego aquella en que el talento, el mérito y la gloria solamente producian vilipendio y desgracias. El tercer cuadro representa á Belisario llevando en sus hombros al jóven que le guiaba, y murió pidiendo limosna para él: así se ve recompensado por su señor Belisario ciego y mendigo; y ya no tiene mas oficio en el universo conquistado por su valor, que llevar al sepulcro las tristes reliquias de aquella pobre criatura, única persona que no le abandonó. La figura de Belisario es admirable, y despues de los pintores antiguos pocas han sido hechas tan bellas; la fantasía del pintor, y la de un poeta, ha juntado todas las especies de desgracia, y acaso hay dema-



siado para la compasion : ¿mas quién dice que aquel es Belisario ? ¿No es fuerza observar fielmente la historia para recordar su idea ? ¿y es bastante pintoresca, observada con fidelidad ? Despues de estas pinturas que representan en Bruto las virtudes parecidas al delito ; en Mario, la gloria, origen de las desgracias ; en Belisario, los servicios galardonados con las mas crueles persecuciones ; en fin, todas las miserias del destino humano que los acaecimientos de la historia cuentan cada cual á su modo ; he puesto dos cuadros de la escuela antigua que alivian un poco al alma oprimida, con la memoria de la religion consoladora del orbe sojuzgado y hecho pedazos, la religion que daba vida dentro del corazon, cuando todo fuera era opresion y silencio. El primero es del Albano : pintó al niño Jesus dormido sobre la cruz : observad, ¿qué dulzura, qué serenidad tiene ese semblante ! ¿qué ideas tan puras excita ! y ¿cómo hace conocer que el amor celestial no teme al dolor ni á la muerte ! El Ticiano es autor del segundo cuadro, que representa al Salvador oprimido del peso de la cruz ; sale á encontrarle su madre, y arrodillase al divisarle. ¿Portentoso respeto de una madre á las desgracias y á las virtudes divinas del hijo ! ¿Qué mirada la del Mesías ! ¿qué resignacion sobrenatural, y al mismo tiempo qué padecer, y qué simpatía por ese padecer con el corazon del hombre ! Por cierto estais mirando el mejor cuadro que tengo ; hácia él vuelvo yo continua-

mente los ojos sin poder jamas agotar la connoccion que me causa. En seguida vienen, prosiguió Corina, las pinturas dramáticas tomadas de cuatro famosos pintores : juzgad, milord, conmigo de su efecto. El primero representa á Enéas en los Campos Elíseos, cuando intenta acercarse á Dido ; la sombra indignada se aparta, y se complace de no llevar ya en su seno al corazon que todavía palpitaría de amor á vista del delincuente. El color de las sombras, tan leve como un vapor, y la naturaleza macilenta que las rodea, hacen oposicion con el aire de vida de Enéas, y de la Sibila que le va guiando ; pero esta especie de efecto es un capricho del artista, y la descripcion de un poeta es precisamente muy superior á lo que puede pintarse. Lo mismo digo de este otro cuadro, Clorinda moribunda y Tancredo. El mayor enternecimiento que puede causar, es traer á la memoria los hermosos versos del Taso, cuando Clorinda perdona á su contrario que la adora y acaba de traspasarle el pecho, y así consagrar la pintura á asuntos tratados por los grandes poetas, es subordinarla forzosamente á la poesia ; porque siempre deja esta una impresion de sus palabras que todo lo borra, y casi siempre las situaciones que escoge adquieren su mayor fuerza con el desarrollo de las pasiones y con la elocuencia, al paso que la mayor parte de los efectos pintorescos nacen de una belleza sosegada, de una expresion sencilla, de un ademan noble, de un instante



de reposo, en fin, digno de ser prolongado sin término, y sin que jamas la vista se canse de él.

Vuestro terrible Shakspeare, milord, prosiguió Corina, ha dado asunto para el tercer cuadro dramático; Macbeth, el invencible Macbeth, se ve aquí próximo á pelear con Macduff, cuya mujer é hijos perecieron á sus manos, cuando sabe que se ha cumplido el oráculo de las hechiceras, que la selva de Birnam se adelanta, al parecer, hácia Duncinane, y que lidia con un hombre nacido despues de la muerte de su madre. Triunfa de Macbeth la suerte, no su contrario; empuña el acero con mano desesperada; no ignora que va á morir, pero quiere probar si la fuerza humana basta á triunfar del destino. Ciertamente se advierte en esa cabeza una bella expresion de desórden y de furor, de turbacion y de energia; mas ¿ á cuántas bellezas del poeta es menester renunciar? ¿ es posible pintar á Macbeth precipitado al delito por los prestigios de la ambicion, que se le presentan bajo la forma de hechizos? ¿ Cómo ha de explicarse el terror que siente; aquel terror que no obstante se concilia con una intrépida valentía? ¿ es dable caracterizar la especie de supersticion que le oprime, aquella creencia sin dignidad, aquella fatalidad del infierno que le agobia, y su desprecio de la vida, y su horror de la muerte? En verdad la fisonomía del hombre es el mayor de los misterios; pero esa fisonomía fija en un cuadro no puede expresar sino la profundidad de un senti-

miento único; las oposicions, las luchas, ios juegos, en fin, pertenecen al arte dramático; y la pintura apenas puede explicar nada sucesivo; para ella no existen el tiempo ni el movimiento.

La Fedra de Racine ha suministrado asunto para el cuarto cuadro, dijo Corina, enseñádoselo á lord Nelvil. Hipólito, en toda la hermosura de la juventud y de la inocencia, repele las pérfidas acusaciones de su madrastra, y el héroe Teseos protege todavía á su delincuente esposa ciéndola con su triunfante brazo. Fedra manifiesta en su rostro una inquietud que hiela de horror, y su nodriza, sin remordimiento, la anima al delito. Hipólito, en este cuadro, es quizá mas hermoso que en el mismo Racine; parécese mas al Meleagro antiguo, porque el amor de Aricia no altera la impresion de su noble y silvestre virtud; pero ¿ es posible suponer que Fedra, en presencia de Hipólito, sostenga su falsedad, y no se arroje á sus piés, viéndole inocente y perseguido? Una mujer agraciada puede ultrajar á su amado, mientras se halla ausente; pero en llegando á verle, ya no hay en su corazon mas que amor. El poeta jamas ha puesto en escena á Hipólito con Fedra, desde que Fedra le calumnió; el pintor habia de reunirlos para juntar, como lo hizo, todas las bellezas de las oposiciones; ¿ no prueba esto mismo que siempre hay suma diferencia entre los asuntos poéticos y los pintorescos, de suerte que es mejor que los poetas hagan versos por los cuadros, que los



pintores cuadros por los poetas? La imaginacion siempre ha de ser ántes que el pensamiento; y así nos lo prueba la historia del entendimiento humano.

Miéntas Corina explicaba de esta manera á lord Nelvil sus pinturas, se habia parado muchas veces esperando que él hablase; pero su corazon sentido, no se descubria con palabra alguna; únicamente cuando ella expresaba una idea sensible, suspiraba, y apartaba la cabeza porque no advirtiese cuán fácil era conmoverle en su actual disposicion. Corina oprimida de aquel silencio, se sentó, cubriéndose el rostro con las manos: lord Nelvil se paseó algun tiempo con viveza por el aposento, y luego se acercó á Corina, y estuvo ya para quejarse, y abandonar á sus sentimientos; pero un impulso de altivez absolutamente invencible en su carácter, contruvo su enternecimiento, y le hizo volver hácia los cuadros, como si esperase que Corina se los acabase de enseñar, ella tenia mucha esperanza en el efecto del último; y violentándose tambien para aparentar serenidad, se levantó, y dijo: — Milord, todavía tengo dos países que mostraros; ambos aluden á algunas ideas interesantes: no gusto mucho de las escenas campestres que son insulsas como idilios en la pintura, cuando no hacen ninguna alusion á la fábula ó á la historia. Lo que mas me agrada en esta clase, es el estilo de Salvator Rosa, que reprenta, como veis, en este cuadro, una peña, y torrentes y árbo-

les, sin un ente siquiera vivo, sin que aun el vuelo de un pájaro recuerde la idea de la vida. La falta del hombre en medio de la naturaleza excita reflexiones profundas: ¿qué fuera de esta tierra en semejante abandono? Obra sin objeto, y no obstante, obra tan hermosa, cuya misteriosa impresion solo se dirigiria á la divinidad.

Por último, hé aquí los dos cuadros en que á mi parecer están felizmente reunidas al país la historia y la poesía (1). Uno representa el momento en que los cónsules piden á Cincinato deje el arado para mandar las huestes romanas. En este país se ve toda la pompa del mediodía, su copiosa vegetacion, su cielo abrasador, y el aire risueño de toda la naturaleza, que se halla hasta en la misma fisonomia de las plantas; y este otro cuadro que forma oposicion con ese, es el hijo de Caibar, dormido sobre el sepulcro de su padre. Tres dias y tres noches está esperando al bardo que bebe honrar la memoria de los muertos: vese el bardo allá á lo léjos bajando del monte; la sombra del padre se extiende

(1) Los cuadros históricos que forman la galería de Corina, son copias ú originales del Bruto de David, del Mario de Drouet, del Belisario de Gerard: entre los demas cuadros citados, el de Dido le hizo Mr. Regberg, pintor aleman: el de Clorinda está en la galería de Florencia; el de Macheth en la coleccion inglesa de los cuadros de Shakspeare, y el de Fedra es de Guerin: por último, los dos países de Cincinato, y de Osiam, están en Roma, y su autor es Mr. Walles, pintor inglés.



en las nubes; el campo está cubierto de escarcha; los árboles, aunque desnudos, se agitan con el viento, y sus hojas secas y sus ramas muertas siguen también la dirección de la borrasca.

Oswaldo hasta entonces había conservado su resentimiento por lo sucedido en el jardín; pero al ver aquel cuadro, se le representaron el sepulcro de su padre y los montes de Escocia, y se le llenaron los ojos de lágrimas. Corina tomó el arpa; y se puso á cantar delante de aquella pintura los romances escoceses, cuyas notas sencillísimas parecen acompañar el rumor del viento que suena gimiendo en los valles; cantó la despedida de un guerrero al dejar á su patria y á su amada, y aquella voz no mas (*no more*) una de las mas tiernas y sonoras de la lengua inglesa, Corina la pronunciaba con la expresión mas sensible, y Oswaldo no resistió ya á la conmoción que le oprimía, y ambos se entregaron á su llanto sin intentar refrenarle. — ¡Ah! exclamó lord Nelvil, esa patria mía, ¿no dice nada á tu corazón? ¿Me seguirías á esas soledades pobladas de mis memorias? ¿Serías digna compañera de mi vida, como eres su encanto y su atractivo? — Sí, en verdad, respondió Corina; sí, en verdad, pues os amo. — En nombre del amor y de la compasión, no me ocultéis ya nada, dijo Oswaldo, — Lo queréis así, interrumpió Corina, suscribo á lo que deseáis: está dada mi palabra, y solo pongo una condición, que no exijais la cumpla hasta la

época próxima de nuestras solemnidades religiosas. Yo necesito mas que nunca del amparo del cielo en el momento que va á decidir mi suerte. — ¡Ah, Corina! exclamó lord Nelvil, si esa suerte depende de mí, ya no es dudosa. Creéislo así, repuso ella; mas yo no tengo igual confianza; en fin, os lo ruego, tened con mi flaqueza la indulgencia que pido. — Oswaldo suspiró sin negar ni conceder el plazo. — Vamos ahora, dijo Corina, y volvamos á la ciudad. ¡Cómo había de callaros en esta soledad cosa alguna! y si lo que he de deciros os ha de apartar de mí, será tan presto.... Partamos, Oswaldo, volveréis aquí, suceda lo que suceda, aquí reposarán mis cenizas. — Oswaldo enternecido y turbado obedeció á Corina; volvió con ella, y en el camino apenas se hablaron; de cuando en cuando se miraban con un cariño que lo decía todo; mas en su alma reinaba, no obstante, un sentimiento melancólico al tiempo que entraron en Roma.